

INSTALACION EN MOVIMIENTO

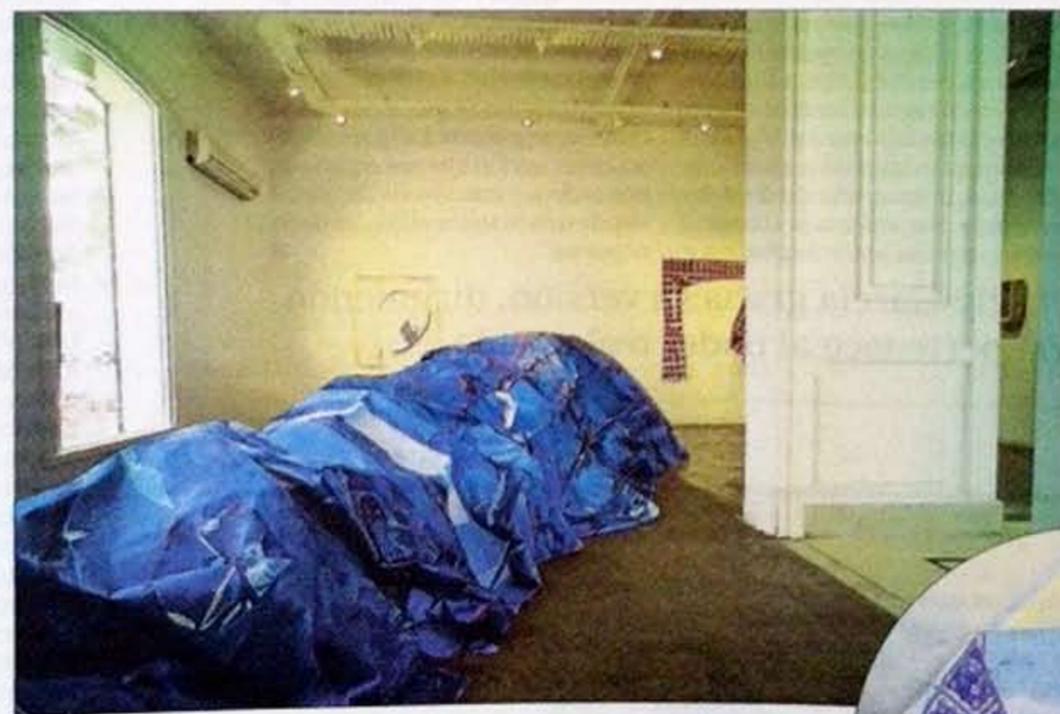
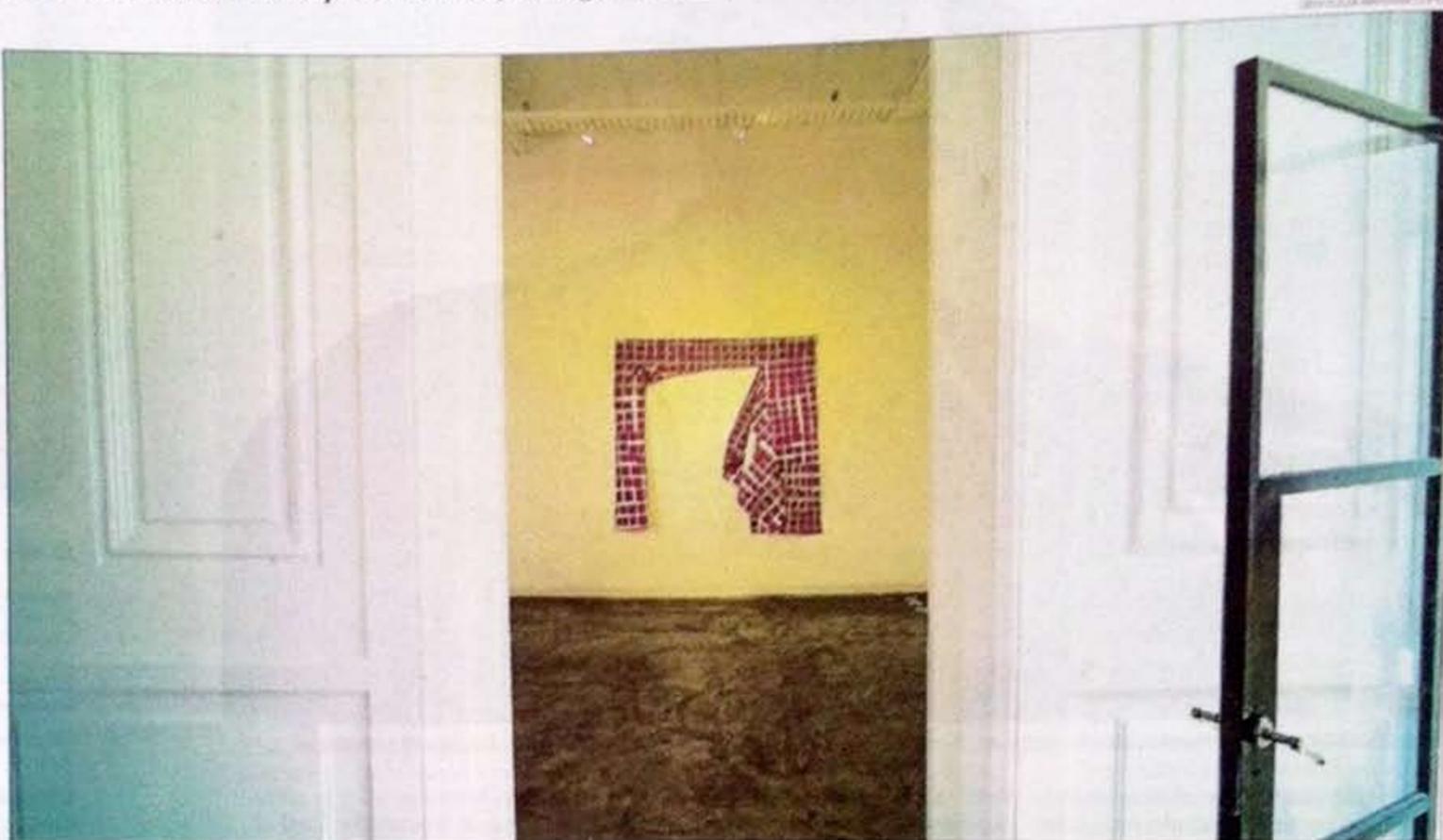
# Las francas alusiones perdidas

A través de la apropiación de elementos cotidianos -de objetos que vemos todos los días y que de alguna manera configuran elementos comunes- la artista plástica Mariana López construye instalaciones profundamente escenográficas, escenarios que exhiben sus mecanismos ficcionales. Una condensación de sentido que se resuelve en el intérprete: se trata, sin lugar a dudas, de un viaje sin retorno.

**M** LAURA ISOLA  
uchas cosas se cuentan de Parrasio. Que era excéntrico, rico y admirado; que usaba túnicas color púrpura, sandalias y bastón decorados con oro. Se dice tanto, que hasta mentiras. Como la que cuenta que compró un esclavo de la ciudad de Olinto y lo torturó para que le sirviera de modelo para pintar a Prometeo encadenado en el Partenón de Atenas. Fue uno de los principales pintores de la Grecia Antigua, mientras que Zeuxis fue el otro. Ambos desarrollaron su actividad entre los años 440 y 380 a.C, y, como las historias de los dioses enfrentados, con ese mismo esquema Plinio el Viejo habla mucho de ellos y destaca la pericia de estos dos artistas áticos para pintar engañando al ojo. Primero fue Zeuxis, que pintó unas uvas y logró que los pájaros quisieran comerlas. Pero la competencia tendría a Parrasio como ganador indiscutible: Zeuxis le pidió que recorriera la cortina

Plinio el Viejo fue una especie de Vasari de la Antigüedad

para ver lo que había hecho su oponente sin darse cuenta de que el cuadro era el cortinado mismo. La leyenda de trampas y alas nos ubica en la muestra de Mariana López, *El vuelo de la remera blanca*. Un título que introduce y liga la poesía y la pintura desde el comienzo. O, mejor dicho, una manera de pintar como quien canta o recita estrofas. Podemos decir, también, que *El vuelo de la remera blanca* tiene algo de escenográfico y de escena teatral. Sin embargo, cierta convención de las artes visuales nos provee de una palabra: instalación. En la galería Schlifka/Molina, López ubica sus piezas como quien toma el control del espacio y emplaza las obras en el lugar justo. La distancia hace ver cosas que no son las mismas cuando estamos cerca de ellas. Allí reside el juego que *El vuelo...* propone como una competencia, una invitación a pasar las páginas de un libro que se está escribiendo. López, en fidelidad con su oficio, trabaja con óleo sobre lienzo. La pura convención de la pintura. El clasicismo en los materiales colabora a que el resultado sea



sorprendente. Por medio de *trompe-l'œil* construye falsos *objet trouvé*. Es una manera de resignificar una tradición tanto de la técnica pictórica como del gesto vanguardista de ampliar los límites del arte, si no de borrarlos. Posicionada en la pintura, Mariana López logra un doble efecto. Por un lado, maneja la técnica, por lo que nunca se sale del artista como artesano y no necesita recurrir a los bordes del arte contemporáneo (artistas que precisan que otros lleven a cabo sus ideas) y por el otro, se desborda en el concepto. ¿Qué es el vuelo de la remera blanca? No la muestra que vimos sino el sentido de esa frase. Esa que al mismo tiempo es tan fácil y disparadora de imágenes y sentidos que hasta podría ser el título de un cuento infantil y se vuelve tan oscura como un verso de haiku. Esa que condensa la potencia de su vacío, de su límite (el blanco) y que con sabiduría elige menos engañar que seducir.

**SORPRESA.** López pinta lapiceras, remeras, cortinas, CDs, manteles, canastos y telones como objetos. Los hace pintando y los coloca de modo que parezcan caídos.

**El vuelo de la remera blanca**

Curada por Sonia Becce. Se puede visitar en Schlifka/Molina, Gorríti 4828, Ciudad de Buenos Aires